

FORMACIÓN 3º ETAPA

Objetivo:

“Favorecer el encuentro con Cristo y con los otros creando espacios de oración, formación, esparcimiento y diálogo, experiencias de caridad, a fin de que de acuerdo a su proceso de fe e identidad personal pueda elaborar su proyecto de vida.”

Valores guanellianos por promover durante el 1º año:

Edad:15-17 años	Formación	Oración	Apostolado
1º año	Encuentros semanales de confirmación (parroquia) o formación religiosa (colegio): La etapa del seminario (prefecto de disciplina, editor de la revista, enfermero)	Retiro: “Siguiendo una estrella”	- Compromiso con nuestros asistidos (hogar de ancianos, buenos hijos, niños...) y con otras realidades del territorio. - Elaboración de proyectos solidarios emergentes y continuos

TEXTOS PARA PREPARAR LOS MOMENTOS FORMATIVOS, INSPIRAR LA CONVIVENCIA Y MOTIVAR EL APOSTOLADO

MATERIAL ESCUELA PARA LAICOS, “EL FUNDADOR Y SU OBRA”

Sus primeros estudios elementales los realizó con el Capellán de Como, luego en la escuela de Pianazzo y posteriormente un tío preboste le consiguió una beca gratuita en el Colegio Gallio de Como, donde los Padres Somascos inculcaban de modo especial el amor filial a la Virgen, cuya Inmaculada Concepción había definido Pío IX el 8 de Diciembre de 1854, marcando definitivamente en Don Guanella su devoción Mariana.

Su paso por este Colegio mereció en su rendimiento una calificación de “eminencia”. En Luis no se vio alterada su vocación eclesiástica, ni por el entusiasmo militar ni por la pasión política tan propios de la época.

Los tiempos eran duros y la región se veía amenazada por el hambre a causa de las malas cosechas y de los temporales. En 1860 ingresó en el Seminario de San Abbondio. Su buen desempeño hizo que el rector lo nombrara prefecto y más adelante “prefettone”.

En medio de los enfrentamientos políticos, Don Guanella promovió desde el Seminario la edición de una revista quincenal desde donde expresaba su postura intransigente de apoyo a la Iglesia y al Papa, demostrando ser un adversario irreconciliable del liberalismo y de la masonería.

En 1862 ingresó en el Seminario de Teología encontrando allí como director espiritual a su tío Don Gaudencio Bianchi. La necesidad que tenía la diócesis de Como de clero diocesano impidió, por orden del obispo, que Guanella y su compañero de estudios

Don B. Scalabrini pudieran seguir al P. Supiriés (misionero en la India y vicario de la Cartuja de Pavía) en la obra que Pío IX había propiciado en el Seminario para Misiones Extranjeras, que atrajo a otros entusiastas de distintos seminarios.

Durante su permanencia en el Seminario tuvo como ejemplos de caridad cristiana a Don Bosco (fundador del “Oratorio de San Francisco de Sales” en Turín, de la primera escuela de artesanías en 1862 y del primero de sus colegios en 1863), y al canónigo José Benito Cottolengo (fundador en 1827 de un asilo abierto a todas las miserias necesitadas de caridad).

Fuente: http://www.provinciacruzdelsur.org.ar/material_escuela_laicos.htm

LUIS GUANELLA, “LOS CAMINOS DE LA PROVIDENCIA”

Capítulo VI

Añoranzas

Recorriendo los recuerdos del colegio Gallio, sobresalen suaves figuras de compañeros de curso, de profesores, de rectores y de algunos superiores provinciales, muy queridos. Estos últimos hubieran con gusto inscripto al Guanella entre sus novicios, pero él no sentía esa vocación.

Los nombres de los Padres Arisio, Crepazi, profundo conocedor de idiomas clásicos, de los hermanos Sandrini, don Andrés y don Agustín, quedan profundamente impresos en el corazón. El Padre Sandrini, profesor de gramática, inventó una especial carroza-bicicleta tirada por dos caballos, con la cual se divertían, en los patios, por lo menos seis alumnos juntos. Entre estos, don Eugenio Bonoli, fundador de una Institución para Señoritas Solteras Pobres Peligrañtes, en Como, era un claro catequista y guía a los Santos Sacramentos.

El joven Guanella, prefecto de vigilancia en los dormitorios de segundo grado gimnasial, lidiaba con los gatos, encerrándolos en un cuarto aislado y buscaba la forma de asustarlos con la escoba; fue cosa extraordinaria que los superiores no lo echasen por eso. Muy de madrugada, en primavera, entreabría las ventanas para estudiar al aire fresco matinal: lo que arriesgó fue una pulmonía y una irreparable tuberculosis.

En su cabeza no cabía la ciencia de los números, sin embargo, llegados los exámenes finales, el profesor Luzzani concluía: "El Guanella es diligente; no puede con las matemáticas, pero pase con un 'vix' (regular), ya que de todos modos logrará ser un cura".

En 1859 el fuego de la insurrección calentaba las cabezas. Un profesor de alemán, Thelfy-Zima, por odio contra los austríacos, descuidaba la enseñanza del alemán. También el Luzzani llenaba la hora de clase exaltándose con los relatos de las victorias de la guerra de independencia. Dos jóvenes, Lombarda y Squassi, a los 16 años se enrolaron entre los garibaldinos, hasta que la guerra no terminó, menospreciando las lágrimas de sus padres. Durando amenazaba la batalla de San Fermo. Los padres somascos vivían en gran agitación, mientras los alumnos celebraban con himnos el cercano ingreso de Garibaldi en Como, contra las tropas del general Urban. Ese ingreso se efectuó en tres horas, a las nueve de la noche, pasando por Porta Sala, que desde entonces pasó a llamarse Barrera Garibaldi. Estos y otros acontecimientos no turbaban

el espíritu del joven Guanella, porque, sin que él mismo ni nadie más supiera, cultivaba en su corazón otros proyectos.

(...)

El joven Guanella ardía del deseo de trasladarse al seminario de San Abundio para los estudios filosóficos; su familia no se oponía pero tampoco alentaba, quizás porque temía tener que gastar. En el seminario él esperaba gozar de mayor recogimiento, pero el incendio de la revolución quemaba también en el corazón de los aspirantes del santuario. De los 22 alumnos del octavo grado, sólo la mitad pasó al seminario teológico.

Guanella fue escogido como celador del dormitorio de séptimo, dedicado a la Virgen María, y sucesivamente del de octavo, bajo la protección del Santo Crucifijo. Pero él era demasiado simple y bueno. El piadoso rector muchas veces lo reprendía. El gran celador, empero, se disculpaba diciendo: "Yo no soy capaz de usar rigor y, además, estoy convencido de que si no logro obtener algo con la bondad, mucho menos lo obtendría usando malos modos".

Se había dado comienzo a la publicación de un diario, creyendo con eso ocupar las inteligencias y clamar los corazones de aquellos levitas, ardorosos de amor patrio, pero tal diario al poco tiempo se desvió de sus propósitos. El obispo Monseñor Marzorati se hizo presente para suprimirlo. El buen Rector Bolzani excusó la cosa diciendo: "Los artículos del Guanella son instructivos y ascéticos; a él hay que perdonarlo, ya que, viendo el abuso de los compañeros, con prudencia dio aviso a los superiores".

En mis recuerdos se agiganta la venerable figura, austera y piadosa, del sacerdote Bianchi Gaudencio, quien, algunas veces, me visitaba en el colegio Gallio. Durante una de esas visitas me dijo: "¿Para regalo de Navidad quieres el acostumbrado pan dulce o los sermones cuaresmales de Segneri?" Escogí los sermones que posteriormente me fueron muy familiares. El mismo, en los años de filosofía, me introdujo al estudio de la música, pero después, por falta de práctica, resultó tiempo perdido, como lo fue por el estudio del alemán y del francés. Si una vez adultos se retomaran las asignaturas estudiadas, se recabaría provecho y no pocas satisfacciones. Pero quis est hic, et laudábimus eum? (¿quién hace tal cosa, para alabarlo?).

(...)

Capítulo VII

De San Abundio al Seminario Mayor

En el seminario sobresalían el elocuente profesor Camilo Manzini en teología dogmática, el ilustrísimo profesor Armandolini en teología moral y el profesor Anzi en historia y Sagrada Escritura.

Este último era ejemplar por la constancia en sus estudios botánicos. En las largas y frías noches de invierno se sentaba a escudriñar con lupas las variedades de líquenes que repletaban su estudio. El clérigo sacristán Ioo Pedro, llegadas las ocho de la mañana, lo invitaba a la celebración de la Santa Misa; el profesor, casi despertando de un profundo éxtasis de estudio, preguntaba: "¿No son ahora recién las ocho de la tarde?". Era tan bueno y simple que en su fiesta onomástica se dejaba llevar en andas, sentado en su cátedra, casi un triunfo de padre con sus hijos. Sumamente caritativo con todos, cuidaba

a muchos enfermos. A don Guanella, que requería algún consejo médico, su profesor por tres veces le contestó: "Caro mea non est aenea (mi cuerpo no es de bronce)".

(...)

Era costumbre y privilegio que algunos clérigos teólogos anduviesen como prefectos para la asistencia de los alumnos del Colegio Gallio. Entonces había que correr cuatro veces al día por un kilómetro de camino y apurarse para no faltar a los deberes propios. Era preciso conducir vida de estudiante para sí y casi vida de educador formador para los demás, es decir como maestro de un grupo de unos veinte jóvenes, a los que se debía vigilar día y noche y educar lo mejor posible. El Guanella sostuvo durante dos años esta tarea sin duda. Pero, como ya se ha dicho, él no se sentía de actuar rigurosamente, a la vez que los superiores del colegio no se sentían de poder conformarse con su benignidad que, decían, superaba los límites. Por eso, en el tercer año de teología, se quedó definitivamente en el seminario, en donde, entre otros, encontró al clérigo Juan Bautista Scalabrini quien ya entonces se preparaba, con su inteligencia y piedad, a ocupar oficios de prestigio y a emprender grandes obras al servicio de la Iglesia.

El clérigo Guanella, en el tercero y cuarto año de estudios teológicos, se había hecho fama de comerciante y de proveedor de los compañeros, especialmente de los que en el transcurso del año debía ser ordenados. Se había suscrito a varios periódicos tales como El devoto de San José, El mensajero del Sagrado Corazón, siendo celante difusor.

En ese tiempo el Señor dispuso que pudiese conocer a don Bosco, actualmente Siervo de Dios, y al Cottolengo, cuyas fundaciones admiraba y amaba cada vez más cuanto más tenía ocasión de conocerlas; de aquí se puede deducir que los primeros pasos de la vocación del Guanella comenzaron entonces.

También en ese tiempo el clérigo Guanella se ocupaba de algún compañero enfermo y en los meses de vacaciones era feliz al poder visitar a los enfermos y llevarles algún pequeño regalo. Su vecino de casa era un tal anciano apodado Nesino (Bautista Levi): él lo asistió durante un mes hasta la muerte. Llevaba al dormitorio del enfermo sus libros, especialmente La Cuestión Social, de Tapparelli; ocupaba buenas horas estudiando y sacando apuntes, aún cuando se mantenía atento vigilando al anciano enfermo. Sucedió en el mes de agosto, tiempo precioso para recoger heno silvestre; los hijos Ángel y Bautista podían quedarse lejos trabajando varias horas, seguros de que el viejo padre era asistido.

Como para los ancianos, igualmente sentía especial amor hacia los niños de tierna edad. Por algunos niños de Chiavenna que iban a veranear en casa Guanella, el clérigo Luis tenía un cuidado casi maternal, ocupando con ellos muchas horas del día. Sabía cómo tranquilizar con su simple presencia a algún niño que extrañaba mucho la presencia de sus padres. Los chicos de la vecindad le seguían hasta la iglesia y a pequeños paseos, con infantil alegría. Algunas veces se hacía acompañar arriba en los montes para recoger piedrecillas de distintas formas y colorido, que se utilizaban después en la preparación del pesebre, con cabaña a tres arcos. Los juntaba para construir altarcitos de cartón y cuadros, para blanquear muros de escaleras y corredores, o también para pintar un cielo raso, como pintor de "buena escoba", tal como aún puede verse en el dormitorio de la Sierva de Dios Catalina. También se empeñó en fabricar marcos de madera para cuadros, pero no le resultó, pareciéndole una pérdida de tiempo, que podía

mejor emplear en el estudio y en la lectura. Pero de esto hablaré a su debido tiempo; ahora volvamos al seminario.

(...)

Capítulo VIII

La vida de seminario

La vida de seminario permite cultivar altas las plantitas para adornar los jardines de la Iglesia y el mismo templo del Señor. Ahí uno se encuentra a gusto. Lo que cuesta en el seminario es la disciplina de la regla, el peso del estudio; aún los superiores y los compañeros se vuelven, en la mano de Dios, instrumentos de sacrificio y, por ende, de perfeccionamiento. "Ubi sunt homines, ibi sunt miseriae (adonde hay hombres, ahí hay miserias), sin excepción de lugar y de personas", como enseña el gran sabio Gersón. No son graves los defectos de superiores y de alumnos, pero justamente por tratarse de superiores y alumnos llamados a perfección de vida, ellos son como el ojo humano, que detecta con dolor bajo los párpados cualquier granito de arena u otro cuerpo extraño.

En mis tiempos no se disfrutaba de las comodidades de hoy. El estudio se hacía en los dormitorios; en las salas de clase los altos vidrios quedaban dibujados con hielo hasta por un mes entero. Visitas de parientes y paseos eran permitidos en una sola jornada por semestre.

El Señor llama con preferencia a sus ministros de entre los pobres, y estos pequeños Aarón, sin dinero, con poca ropa, pero con un estómago sano que no siempre logran satisfacer, se encuentran constantemente en un estado de sufrimiento.

Sin embargo hay también satisfacciones; se hallan en compañeros sinceros, alegres, que saben condimentar fácilmente una hora durante el recreo de la tarde atrayendo toda la comunidad, que concurre como a un verdadero entretenimiento teatral. Tales son las múltiples y variadas gracias, por lo demás siempre llenas de respeto y serias, de Martinelli Leopoldo, de Ratti Lorenzo y de otros.

El espíritu se eleva mucho en el tiempo de los ejercicios espirituales, de las fiestas y novenas principales del año, de la predicación cuaresmal en la Catedral y de otras prácticas religiosas dentro del seminario o fuera. Además la visita periódica del obispo suscita entusiasmo para la virtud y el estudio.

Los últimos meses del año, debido a los exámenes, son muy agotadores. Ahí no se cuentan las horas de estudio, no se piensa en recreos o paseos; el "circulus et calamus fecerunt me doctum" (el encontrarse y el estudio me hicieron más sabio), como decía San Agustín, se vuelve más animado, cuando los seminaristas teólogos pasean de dos en dos a lo largo de los corredores o por los amplios patios, o se sientan en los jardines. También hay que contar esas devociones especiales para conseguir feliz éxito en el examen final.

Llegadas las vacaciones de verano, ya sabemos que el descanso de Guanella era su casa, la iglesia y algún trabajo en el campo, observado atentamente por papá Lorenzo.

Todos los años, durante las vacaciones, recuerdo que se hacía una excursión de poco más de un día, desde Campodolcino, cruzando los Alpes, hasta el convento de los

padres misioneros capuchinos de Soazza. También recuerdo otro viaje, acompañado al párroco Della Cagnoletta, de Campodolcino a Splügen, Ander y Thusis, para honrar el lugar del martirio de nuestro Siervo de Dios Nicolás Rusca; se volvía con los pies hechos pedazos, pasando por Val di Ley y Angeloga. Con el mismo párroco se salía al mediodía de Campodolcino, a pie, haciendo una parada por la tarde en Traona, en la casa del hermano y compañero don Lorenzo, vicario parroquial. En las últimas vacaciones me daba el lujo de cruzar los montes de Angeloga en compañía del sacerdote Francisco Mascioni, capellán de Fraciscio, para recoger sacos de genciana, cargándolos personalmente, para que después fuesen destilados en el pueblo durante el invierno.

El Guanella se quedaba solo en casa por días y semanas completas, mientras los familiares trabajaban en los alpes. El estudiante teólogo, para ahorrar trabajo y dinero, se conformaba entonces con freír en la sartén una medida de harina de maíz y cocinarse los llamados melones para que sirvieran lo largo de varios días: estaba tan entusiasmado en leer libros histórico-hagiográficos que le habría pesado perder el tiempo en la pobre arte culinaria.

Bajo la guía del capellán Mascioni estudiaba herboristería medicinal según el texto de Mattioli; recogía las plantas medicinales y las confeccionaba para uso de los enfermos, a los que no solo entonces, sino también después, siendo párroco en Savogno, entregaba remedios, procurando alivio a los que sufrían.

Le hubiese gustado que se cultivasen más racionalmente prados, bosques y campos de pastoreo, por lo que se empeñaba en hablar de ello muy seguido, organizando además alguna especie de conferencias, aunque estuviese casi convencido de botar inútilmente semilla y fatiga.

Las semanas otoñales se volvían pesadas y entonces se preparaba para volver al colegio o al seminario.

Se vivía con mucha frugalidad. Llegado un hermano lego del colegio Gallio, la familia lamentó no poderlo atender mejor, porque faltaba la leche para sazonar los alimentos.

Se vestía con mucha parsimonia. Había que vestir a nuevo el jovencito Luis que se iba al colegio Gallio y el hermano Tomás trajo la cuenta de 13 liras por la compra de la tela. El papá Lorenzo se le quejó diciendo: "¡Esto faltaba, gastos sobre gastos!".

Volviendo del colegio, a noche avanzada, oscura y lluviosa, fue acompañado desde Chiavenna a Campodolcino por un tal Scaramellini hotelero, y el papá se lamentaba porque tuvo que pagar una lira por la cena y el alojamiento.

Llegada la fiesta del Patrono San Roque se cocinaba un gran caldero de arroz para los visitantes y amigos; sirviendo un platito a los hijos se les decía: "Hoy pueden agasajarse también ustedes". Y nosotros éramos felices como pascuas y nos apurábamos a recoger leña para las fogatas que se habrían encendido en distintos puntos en honor de San Roque.

No se puede decir que en la familia Guanella se mezquinase el alimento necesario; se repetía con frecuencia el lema: "¡Comed y trabajad!". Aún en tiempos de penuria se decía: "Nosotros no debemos padecer hambre pero quien quiera comer debe trabajar" y,

sentándonos los doce alrededor de un pequeño mapamundi de polenta con un poco de queso, en minutos todo desaparecía y luego, cada uno a su trabajo. Y así, con tan poco, se vivía contentos, sanos y fuertes, causando la envidia de aquellos señores que de vez en cuando visitaban nuestros montes.

Fuente: http://www.provinciacruzdelsur.org.ar/los_caminos_de_la_providencia.htm

GIMMI RIZZI, "EL PEÓN DE LA PROVIDENCIA"

Puede ir al Seminario

Desde hacía tiempo Luis había expresado el deseo de ser sacerdote, pero la pobreza de la familia le impedía entrar en el Seminario. Su hermano Lorenzo ya estaba en el Seminario. Un día mientras descendía sudado por el valle cargando en sus espaldas un fardo de hierbas secas, su padre lo detuvo y allí, a solas, amablemente le dijo: "Luisito, prepárate, podrás ir al Colegio".

La hermana predilecta, Catalina, cuando lo supo miró a su hermano emocionada, con lágrimas en sus ojos y fuera de sí por la alegría le extendió los brazos y exclamó feliz: "Si, tú serás sacerdote".

Primero Luis entró en el Colegio Gallio en Como donde hizo un gran trabajo para adaptarse a la rígida disciplina. En 1860 a la edad de dieciocho años entrará en el Seminario propiamente dicho.

En el Seminario enfermero audaz y apasionado por los brebajes de hierbas

Un querido compañero alto y robusto se enfermó durante el ciclo lectivo por una enfermedad contagiosa que lo llevó a la muerte. El vice-rector y el celador tenían el mayor de los cuidados y las precauciones cuando debían acercársele; en cambio el seminarista Guanella le hizo de enfermero prodigándole todos los cuidados, tanto que un compañero dijo: "más no podría haber hecho una madre".

Apreciando sus dotes, el director lo nombró prefecto de disciplina de la primera clase del liceo y luego de la segunda. Por este cargo lo llamaron el 'prefectón' y como no era su fuerte tener un cargo superior entre sus compañeros, a causa de esto recibió muchos retos pues no sabía utilizar la autoridad requerida. Se dijo de él: "El amor por los jóvenes, desde aquel entonces, era su punto fuerte y el amor por los desdichados era su punto débil". Estas eran las dos cosas predilectas que guardaba en su corazón.

En el seminario además, un maestro le había contagiado su pasión por la botánica y Luis se transformó en un experto en brebajes de hierbas que utilizaba para curar a los enfermos.

Fuente: <http://www.provinciacruzdelsur.org.ar/peonprovi.htm>

Valores guanellianos a promover durante el 2º año:

Edad:15-17 años	Formación	Oración	Apostolado
2º año	Encuentros semanales de confirmación (parroquia) o formación religiosa (colegio): Don Guanella sacerdote, Prosto, Savogno	Retiro “Los caminos de la Providencia”	- Visita solidaria (hospitales, ancianos solos, apoyo escolar, comedores)

TEXTOS PARA PREPARAR LOS MOMENTOS FORMATIVOS, INSPIRAR LA CONVIVENCIA Y MOTIVAR EL APOSTOLADO

MATERIAL ESCUELA PARA LAICOS, “EL FUNDADOR Y SU OBRA”

En medio de los enfrentamientos políticos, Don Guanella promovió desde el Seminario la edición de una revista quincenal desde donde expresaba su postura intransigente de apoyo a la Iglesia y al Papa, demostrando ser un adversario irreconciliable del liberalismo y de la masonería.

En 1862 ingresó en el Seminario de Teología encontrando allí como director espiritual a su tío Don Gaudencio Bianchi. La necesidad que tenía la diócesis de Como de clero diocesano impidió, por orden del obispo, que Guanella y su compañero de estudios Don B. Scalabrini pudieran seguir al P. Supiriés (misionero en la India y vicario de la Cartuja de Pavía) en la obra que Pío IX había propiciado en el Seminario para Misiones Extranjeras, que atrajo a otros entusiastas de distintos seminarios.

Durante su permanencia en el Seminario tuvo como ejemplos de caridad cristiana a Don Bosco (fundador del “Oratorio de San Francisco de Sales” en Turín, de la primera escuela de artesanías en 1862 y del primero de sus colegios en 1863), y al canónigo José Benito Cottolengo (fundador en 1827 de un asilo abierto a todas las miserias necesitadas de caridad).

En aquella época el Estado no reconocía y desautorizaba a la Santa Sede al no aceptar los nombramientos y al incautar los bienes obligando al clero a vivir de la limosna de sus fieles. Mientras tanto, en Como fue designado como encargado de la diócesis Monseñor José Marzorati, desde 1855 hasta su fallecimiento en 1858. La diócesis quebrantada no tuvo autoridad eclesiástica hasta 1872 pues el obispo de Foggia, Monseñor Bernardino Frascolla, estaba detenido en la cárcel de San Donnino, permitiéndole a partir de 1875 residir en carácter de detenido en el Seminario de Teología. Monseñor Frascolla ejerció gran influencia en el subdiácono Guanella que cursaba su último año de Teología.

El 26 de Mayo de 1866, fiesta de San Felipe Neri, sin solemnidades tuvo lugar la ceremonia de ordenación sacerdotal de Guanella ante el obispo desterrado. La labor del nuevo sacerdote se encausó en la formación de la juventud, en esas épocas

apartada de la religiosidad, a tomar parte de las procesiones, a celebrar la misa solemne y a cultivar la piedad eucarística en tiempos que era necesario defender a la Iglesia de las agresiones, al tiempo que desde Bologna se derramaba también este entusiasmo a través de la “ Sociedad de la Juventud Católica Italiana”.

La irreligiosidad invadía la vida de los jóvenes del mismo modo que su rebeldía causados por el analfabetismo, los niños estaban predestinados a la labor del campo y las niñas a permanecer en casa cuidando los hermanos menores. Don Guanella luchaba desde su Escuela en la enseñanza de la lectura y escritura, de operaciones elementales de matemática, y además daba a conocer nuevos métodos y herramientas de la agricultura como orientación para el logro de un mayor rendimiento de la tierra, y para que los campesinos superaran el estancamiento de su labor.

Con el objetivo de dar asilo a un indigente viajó por segunda vez a Turín, la ciudad de Don Bosco y del Cottolengo, donde se interesó por visitar todas las secciones de la “Pequeña Casa” que cobijaba a los asilados, enterándose así de los casos más lastimosos. Con más fuerza surgió en él el deseo de fundar un Asilo para los más necesitados de su valle, y pensó también en sus jóvenes necesitados de Oratorios y Colegios para orientar sus vocaciones, en especial la sacerdotal.

En 1867 hubo numerosos casos de cólera en la provincia de Como, Don Scalabrini fue condecorado por su dedicación y abnegación a la atención del azote que sufrió el pueblo. Para Don Guanella, el espíritu de sacrificio de su amigo fue motivo de mayor inspiración para su vocación. Numerosas fueron las Obras que realizó Guanella en el pueblo, los concejales del Ayuntamiento de Prosto le adjudicaron la Escuela vacante, y es entonces que encomendó a su hermana Catalina la educación de las niñas a quienes les enseñaba a leer, escribir, hacer cuentas, canto y labores femeninas.

Resultó por esto “un peligro para la masonería”. Las autoridades civiles nunca quisieron apreciar la labor sacrificada de Don Luis, por el contrario, lo consideraron de “cuidado”, suscitando la indignación anticlerical y queriendo arrebatárle la Escuela e imponerle un nuevo estilo educativo.

La logia “Magistri Comacini” de Como y la masonería perseguían a los obispos y sacerdotes, señalándolos como “sospechosos”. Roma había sido tomada en 1869, Francia y Alemania estallaban en guerra y quedaron interrumpidos los trabajos del Concilio por infalibilidad del Sumo Pontífice, finalmente proclamada en 1870. Esta “cuestión romana” no fue resuelta hasta la Conciliación de 1929 a pesar de la Ley de las Garantías del 13 de mayo de 1871.

Don Guanella, insobornable adversario de los liberales y socialistas, para defender a los montañeses de estas ideas, se perfilaba como precursor antes de la "Rerum Novarum", trabajó colaborando en el campo social en Chiavenna y junto a Calixto Grandi en las primeras experiencias de organización católica.

En 1872 publicó un pequeño libro en la tipografía del Oratorio de San Francisco de Sales de Turín, con el título de “Ensayo de advertencias familiares para todos, pero especialmente para el pueblo del campo”, con la intención de combatir la masonería. En 1873 se prohibió esta publicación y al mismo tiempo se le impedía a Don Guanella toda enseñanza en las Escuelas, la ley de “sospechosos” caía sobre él y le cercaba la posibilidad de ser párroco. La causa de la prohibición fue una dedicatoria

a Monseñor Carsana, obispo de Como, al que antes de 1872 se le había negado el exequatur, esto le valió veinte años de freno a sus mejores intereses e ímpetu de trabajo.

Cuando Monseñor Carsana tomó posesión de la diócesis de Como, encontró las consecuencias de la ausencia de los pastores, las luchas políticas y de la división del clero en "intransigentes" y "liberales", junto a una notoria escasez de seminaristas y de sacerdotes para cubrir las vacantes de las parroquias.

Mientras Monseñor Carsana llamaba al clero y a los fieles para preparar niños que algún día pudiesen llegar a ser ministros de Dios, Don Guanella nuevamente cayó bajo "sospecha" porque en su propia Casa preparaba a cuatro muchachos para el Seminario. Cuando Guanella se presentó a concurso de las parroquias vacantes de Caspano y Torre en Val Malenco le fue negada la posibilidad por las autoridades políticas.

Hacia 1874, después del fallecimiento de su padre, y ante la imposibilidad de ser párroco, su pensamiento se orientó en la fundación de una Institución, no sabiendo muy bien dirigida a quienes, por lo que le propuso al obispo instalar en Como una Obra de Don Bosco, pedido que le fue denegado. En cambio, sí le permitió permanecer un tiempo junto a Don Bosco para integrarse y establecer una Obra semejante en su región.

Hacia 1875 estuvo en contacto directo con Don Bosco, ayudándole en la tramitación de la apertura de un Colegio en la República Argentina. Estuvo al frente del Oratorio San Luis al que asistían más de 700 jóvenes, y le encargaron la dirección del nuevo Colegio de Trinitá de Mondovì. Por sugerencia de Don Guanella, ante la escasez de vocaciones sacerdotales y religiosas, llevó a Don Bosco a realizar la Obra de los "Hijos de María Auxiliadora", siendo Guanella su primer encargado.

Fuente: http://www.provinciacruzdelsur.org.ar/material_escuela_laicos.htm

LUIS GUANELLA, "LOS CAMINOS DE LA PROVIDENCIA"

Capítulo IX

Canónigo teólogo en Prosto y casi cura párroco en Savogno

El director espiritual Gaudencio Bianchi, el hermano de sangre Lorenzo, quien fue por algunos años canónigo en Prosto y con ellos mi antiguo maestro de primaria Antonio Buzzetti, conocían a fondo mis condiciones y las de mi familia, como asimismo estaban enterados de las condiciones y del deseo del reverendísimo arcipreste de Prosto de tener un clérigo al cual otorgar el beneficio vacante. Sospecho que fue por insinuación de ellos que un día se me comunicó por los superiores del seminario: "Usted será titular del beneficio teologal de Prosto, a fin de otorgársele las Ordenes Sagradas". Respondí con íntima gratitud, como para decir: "Heme aquí, servidor fiel".

En las vacaciones siguientes comencé a explicar el Santo Evangelio dominical al pueblo, a instruir a los niños en el catecismo y esto hasta el día de la primera Misa, que fue en la solemnidad del Corpus Cristo de 1866, en la misma iglesia colegial. Al

terminar los oficios vespertinos deseaba volver a mi familia. Recorría entonces casi 20 kilómetros, y cuando por casualidad llegaba pasada la hora, entonces el señor canónigo teólogo se alojaba en el albergue Fenarolo, el pajal de la casa, para no molestar a los familiares.

La primera Misa fue celebrada entre la alegría del pueblo y gozando de la patriarcal hospitalidad del reverendísimo arcipreste, quien desde largos años era no solo padre y pastor, sino también pontífice y rey en la jurisdicción de su Vicariato y fuera de él también. Recuerdo como papá Lorenzo le enviaba cada año un saco de papas escogidas, pequeña señal de su mucha gratitud.

Mientras tanto don Luis daba inicio a su carrera sacerdotal y recuerdo que a los enfermos pobres llevaba lo mejor que podía, asistiéndoles con piadoso afecto. En la estación invernal daba clases por la tarde a jóvenes y adultos, comenzando por enseñarles a ayudar la Santa Misa y acompañar las funciones solemnes. Pero era inquieto y no veía que trabajo y trabajo, lo que no coincidía para nada con el carácter severo y calmado del señor arcipreste.

En este primer año el canónigo teólogo, conseguida una vacante para internar a un muchacho del lugar enfermo mental, hizo su primer viaje a Turín, y a este le siguieron otros dos o tres viajes cada año, hasta que él mismo prefirió quedarse provisionalmente con don Bosco y cerca del Cottolengo.

La parroquia de Savogno había quedado vacante y un día un cierto señor Pascual Succetti le dice: "Sé que Ud. va destinado a Savogno; ayer me nació un hijo y le estaría agradecido si fuese mañana para bautizarlo". Contesté: "Servidor, aunque yo nada sepa". Al otro día estaba en la nueva sede. No tuve oportunidad de saludar al señor arcipreste, que por las tardes solía descansar. Al día siguiente el sacerdote don Carlos Safratti, de Santa Cruz, sustituía a don Guanella en sus tareas.

La Colegiata de Prosto es considerada insigne por su antigüedad y por haberse enriquecido con preciosísimos ornamentos y con las armoniosas campanas de San Casian, luego que en ese pueblo muy rico desapareciera, sumergido por un alud en 1618.

En Prosto se admira aún el magnífico palacio Vertemate, único palacio usado para vacaciones y último recuerdo de aquel memorable desastre. El escritor Crollanza recientemente describió esos acontecimientos en su libro Historia del condado de Chiavenna, la que el cura de Savogno explicaba en conferencias y en las clases invernales a sus atentos parroquianos.

Don Guanella en Savogno empezó a trabajar manualmente como ayudante, como pintor y hasta un poco como albañil, y reformó, como mejor supo y pudo, la casa parroquial. Se decía: "¿Qué hará con su laboriosidad este cura?" Echó mano a la ampliación de la iglesia y a levantar murallones de contrafuerte para sostener la plaza. También se puso a cavar adoquines en lugar peligroso, por lo cual el alcalde Del Curto le llamó la atención por encargo de la prefectura. Don Guanella contestó: "Nadie se lastimó y por el contrario obtuvimos mucho beneficio yo y la iglesia, por tanto, ¿a qué sirve inquietarse ahora?". También comenzó la nueva construcción del cementerio, poniéndose al frente de los trabajos. Quería terminar luego. Tomó consigo hombres de confianza y

habiéndolos llevado a un determinado lugar les dijo: "Remuevan estas pocas rocas y bajará una cantidad de piedras suficiente para el cementerio". Un tal señor Pescialli resultó con algunos nogales dañados, pero inmediatamente la cosa se arregló.

El 20 de enero don Guanella en ocasión de la fiesta de San Sebastián estaba predicando en Villa de Chiavenna. Comenzó a nevar. En seguida regresó a Savogno y, aferrándose a la campana, empezó a tocar. Se trabajó hasta la medianoche para arreglar el camino por el cual traer las piedras al cementerio. Los parroquianos se quedaron aturcidos, pero finalmente felices de poseer un cementerio grande, con graciosos caminitos para la procesión del Via Crucis y con otros caminos exteriores con bosquecillos para las procesiones sagradas. El ingeniero proyectista se vio obligado a admitir: "El señor cura quiso hacer todo de su cabeza, cambiando lugar y forma, pero el resultado dejó a todos no solamente satisfechos sino admirados".

Con este estilo: correr sin descansar, don Guanella construyó locales para la escuela, cobertizos para el lavadero, varias capillas para las procesiones de las Rogativas y llegó hasta la cumbre del paso hacia los Grisones, para reparar y reforzar una capilla votiva que sirviera también como eventual refugio. Todo esto en siete años: rico de la máxima pobreza de sus parroquianos, don Guanella realizaba indomable sus proyectos, confiando en la ayuda de la divina Providencia, que claramente le favorecía. No se dejaba atemorizar por las dificultades.

No olvidaba el estudio y en 1872 publicó el librito "Amonestaciones al pueblo del campo", que por veinte años le procuró constantes adversidades sea en el orden civil que eclesiástico. A don Guanella le parecía imposible acallar la verdad y nunca la calló ni en la iglesia ni fuera de ella y de ahí empezaron las malas voluntades en su contra, las amenazas y las vigilancias políticas. Los amigos le escribían: "Échate a volar como ave de bosque en la vecina Suiza"; pero él siguió sin claudicar en su oficio y fiel a su idea y siempre se vio libre. Nunca conoció vías torcidas ni timideces.

En su labor favoreció la piedad y los santos sacramentos y alguien dijo: "Rodeen de muros a Savogno y obtendréis un convento". El pueblo no se aburría yendo a la iglesia, participando en los oficios, escuchando discursos y meditaciones que se dictaban dos veces por día durante la semana y más veces en los días festivos. Un buen número de jóvenes muchachas fueron enviadas, con mucho provecho espiritual propio, a las congregaciones de don Bosco y del Cottolengo; también algunos jóvenes fueron encaminados al estudio, a pesar de que por motivos de salud se retiraran. En un viaje acompañó hasta siete postulantes de diferentes pueblos al Cottolengo. Alguien se quejaba de esto, pero don Guanella continuaba derecho en su camino. "El libre alpino", diario de Chiavenna que gozaba de dudosa fama, escribía editoriales ofensivos, hasta que un canónigo puso a callar a ese articulista diciendo: "Tú que gracias a la ayuda de sacerdotes has terminado tus estudios y tú que ahora deberías ser cura empeñado en el ministerio, ¿no te avergüenzas de perseguir a un sacerdote que no piensa en otra cosa que hacer el bien?"

En las parroquias del departamento, si hubiese un hombre o mujer débiles mentales o en cualquier forma necesitados de internación, hallaban en el párroco de Savogno quien se ofrecía a todos y proveía para su acompañamiento. De ahí que dos o tres veces al año llevaba sus pobres al Cottolengo, al mismo tiempo que aprovechaba para un más

profundo conocimiento de aquel milagro de la Pequeña Casa de la Divina Providencia, que Pío IX en persona definió: pequeña casa de santos.

En uno de estos viajes, cerca de Pianello Lario, don Guanella se encontró con don León Ostinelli y con el párroco Carlos Coppini. Fue esa la primera y última vez y nadie pensaba entonces que, al morir don Carlos Coppini en 1881, don Guanella sería su sucesor en el cuidado de la parroquia y en el Asilo de huérfanos que él fundó.

En aquel tiempo era preocupante la escasez de clero y don Guanella, pensando que Campodolcino fuese tierra fértil para producir seminaristas, hizo los trámites para obtener una escuela privada que funcionara en el palacio de la capellanía de Corti y más tarde en Chiavenna, en donde se habría investido el fruto de una hacienda acerca del así llamado Pozo Pasquée de Samolaco. Nada se pudo concretar: el progreso, en mano de los liberales, se adueñaba de esas propiedades anulando nuestros proyectos.

El cura de Savogno imitaba al canónigo Calisto Grandi creando en Chiavenna la primera Sociedad Católica de mutuo Socorro de Italia. Los desvelos del cura de Savogno, empero, difícilmente tenían éxito, porque se le juzgaba demasiado lanzado.

Se dictó la ley del despojo de los bienes de la Iglesia. Varias familias de Savogno y la parroquia misma habrían caído en la ruina. Don Guanella manejó ciertos documentos y obtuvo del Ministerio la devolución de los bienes vendidos; el exactor de impuestos fue trasladado por abusos que se descubrieron; la mamá de este murió años después, huésped de la casa de la Providencia en Como. La devolución de los bienes en referencia fue en compensación de los muchos trabajos que los buenos parroquianos habían sostenido por el bien común.

Llegó el día en que le pareció a Guanella haber cumplido su misión en Savogno. Ahora debía ser nombrado, por voluntad del pueblo y con el consentimiento de la autoridad civil, a la parroquia de Cáspero, tras regular concurso, o a la parroquia de Torre. Sin embargo altas autoridades aconsejaron a don Guanella que renunciara a Cáspero, asegurándole la elección para Torre, y obedeció. Pero el resultado final fue que no recibió nombramiento ni para el primero ni para el otro puesto. ¡Así sea! Y don Guanella inició prácticas para llamar a don Bosco al cual proponía la fundación de un colegio en la diócesis de Como. Por eso efectuó varios viajes, hasta que, obtenido de don Bosco mismo el sacerdote Sala que lo sustituyera en Savogno, consiguió unirse a don Bosco y quedarse con él por un trienio. El cura de Savogno vivía acompañado por la hermana Catalina, actualmente Sierva de Dios, la que en Savogno era estimada muchísimo por sus virtudes. Él se trasladaba a Turín y la hermana regresaba a su familia, con el padre, en Campodolcino. Fue un dolor grande, como luto por la muerte de alguien muy querido, pero todos sabían que don Luis Guanella no habría cambiado decisión y todos tuvieron que aceptar su dolorosa partida.

¿Cómo se explica esta resolución tan irrevocable de don Guanella? Los parroquianos lo querían y le seguían dócilmente y él sabía que podía quedarse entre ellos y hacer mucho bien. Tenía una hermana que era un ángel de buen ejemplo. Los cohermanos párrocos no se lo podían explicar. Y él, don Guanella, insensible en entregar casa, parroquia y casi podríamos decir su conciencia a un desconocido o casi, al cual, de su propia voluntad, organizando hasta pequeñas fiestas, quiso instalar en su propio lugar. Todo esto por lo menos olía a raro. Pero el cura, entre otras cosas, respondía: "¿Qué quieren?

Cuando años atrás el gusano roía los castaños, hicimos un voto y erigimos la linda imagen del Sagrado Corazón, junto a la Cocinería del Andrés y el gusano de inmediato desapareció. Yo podría volverme como aquel gusano si me quedara más tiempo aquí; por tanto hagamos voto al Sagrado Corazón para que a todos nos bendiga. Siento dentro de mí que la divina Providencia me quiere en Turín, y será lo que Dios quiere. Yo espero en bien. ¡Adiós a todos!".

Los dejó sin saludar a nadie para no causar molestias ni a sí mismo ni a los demás. Llegado a los Crotti fue forzado a beber el vaso del estribo donde el viejo Clara, y en Prosto y Chiavenna dejó un saludo que fue recibido con frialdad, porque nadie creía que esa despedida tuviese suerte.

Por la verdad, en la opinión común, este singular cura de Savogno era animado de sentimientos y realizaba cosas él solo sin la colaboración de nadie, por lo tanto difícilmente podía ser comprendido.

¿Qué hacer? Como era su costumbre don Guanella se aconsejaba con Dios dentro de su propia conciencia y adiós a todos, en completa sencillez y firmeza de corazón.

Fuente: http://www.provinciacruzdelsur.org.ar/los_caminos_de_la_providencia.htm

GIMMI RIZZI, "EL PEÓN DE LA PROVIDENCIA"

Es ordenado Sacerdote

En aquel tiempo la catedral de San Abundio estaba vacante y así lo estuvo hasta 1872. En Como se encontraba un obispo, pero en la cárcel de San Donnino. En 1865 se le permitió habitar, como cárcel domiciliaria, en el Seminario teológico. Era Monseñor Bernardino Maria Frascolla, obispo de Foggia condenado al exilio por las autoridades políticas, lejos de su Diócesis. Justamente este obispo exiliado, el 25 de mayo de 1866 fue quien ordenó a Don Luis Guanella cuando tenía 23 años.

Este fue su programa sacerdotal: "Deseo ser un grano de sal, listo para ser arrojado donde la Providencia quiera y para ser visiblemente disuelto en favor de las almas. ¡Quiero ser espada de fuego en el ministerio santo!"

Su sueño

Luis había pedido ir a misionar junto con Juan Bautista Scalabrini pero la respuesta del obispo sería: "Sus indias están aquí en la diócesis". Durante un año va al pueblo de Prosto y es aquí cuando comienza a tomar contacto con aquellas personas a las cuales dedicará toda su vida; en especial encuentra al muchacho al cual llamaban "el tonto del pueblo" y que llevará al Cottolengo de Turín.

Dos sacerdotes eran un mito y un modelo para Don Guanella: San José Benito Cottolengo (fallecido el día en que nació Luis) y San Juan Bosco. Muy pronto nació en él ese sueño de abrir una casa coma aquella de Don Bosco.

El sueño se hacía siempre más claro: Ocuparse de aquellos miserables hijos de Dios que el mundo trataba como ‘desperdicios humanos’ (deficientes, disminuidos mentales, incurables, ancianos abandonados...)

Pobres y pequeños, niños abandonados, ancianos solos, muchos minusválidos, enfermos crónicos, inválidos, paralíticos, ciegos, sordomudos, los deficientes, los disminuidos mentales ("los buenos hijos"). Ellos son LOS SEÑORES POBRES...

Un sacerdote un poco loco

Luego Don Guanella fue enviado a un pueblo a 1000 metros de altura, establecido en la cima después de una escalera en la montaña con 2000 escalones, un pueblo de aproximadamente 4000 habitantes: Savogno. Aquí permanecerá 7 años. Su desempeño fue increíble en todos los ámbitos y enseguida se corrió la voz: "Este Guanella ‘hace muchos sacerdotes’ y roba muchas hijas para ofrecerlas al Señor". De hecho Don Guanella estaba poblando de sacerdotes y hermanas la zona de la Valtellina. También, al ver tanta ignorancia propagada, se ocupaba de dar cursos regulares de escuela primaria para adultos e integraba en sus programas nociones de higiene, de agricultura, de historia local... En el campo social hizo un trabajo grandioso: escuela modelo, techo para los lavaderos, plazoleta, cementerio... Y luego seguía acompañando a los minusválidos al Cottolengo y a los huérfanos al oratorio de Don Bosco. En tanto, continuaba soñando en levantar obras similares.

Poco a poco Don Luis fue considerado ‘un sacerdote medio loco’, ‘un sacerdote soñador’ y comenzaron a ponerle palos en las ruedas porque ‘daba fastidio’.

Fuente: <http://www.provinciacruzdelsur.org.ar/peonprovi.htm>

Valores guanellianos a promover durante el 3º año:

Edad:15-17 años	Formación	Oración	Apostolado
3º año	Encuentro de grupo (parroquia) o de formación religiosa (colegio): El discernimiento, Don Bosco, Traona, Olmo, Pianello Lario.	Retiro “Proyecto de vida”	- Voluntariado - Misión

TEXTOS PARA PREPARAR LOS MOMENTOS FORMATIVOS, INSPIRAR LA CONVIVENCIA Y MOTIVAR EL APOSTOLADO

MATERIAL ESCUELA PARA LAICOS, “EL FUNDADOR Y SU OBRA”

Hacia 1874, después del fallecimiento de su padre, y ante la imposibilidad de ser párroco, su pensamiento se orientó en la fundación de una Institución, no sabiendo muy bien dirigida a quienes, por lo que le propuso al obispo instalar en Como una Obra de Don Bosco, pedido que le fue denegado. En cambio, sí le permitió permanecer un tiempo junto a Don Bosco para integrarse y establecer una Obra semejante en su región.

Hacia 1875 estuvo en contacto directo con Don Bosco, ayudándole en la tramitación de la apertura de un Colegio en la República Argentina. Estuvo al frente del Oratorio San Luis al que asistían más de 700 jóvenes, y le encargaron la dirección del nuevo Colegio de Trinitá de Mondovi. Por sugerencia de Don Guanella, ante la escasez de vocaciones sacerdotales y religiosas, llevó a Don Bosco a realizar la Obra de los “Hijos de María Auxiliadora”, siendo Guanella su primer encargado.

El 28 de mayo de 1878, el obispo le ordenó volver a Savogno, rogándole que rompiera todo compromiso que lo ligara con Don Bosco, quedando así frustrado el abrir un Colegio en Mendrisio, que aún perteneciendo al territorio suizo, se encontraba en la diócesis de Como.

En sendas cartas de Junio y Julio de 1878, Don Bosco insistía animando a Don Guanella a viajar a distintos lugares de Europa y de América, respondiendo al pedido que hiciera el Santo Padre para hacerse cargo de seminarios, universidades, catedrales, etc. A pesar del afecto que los unía, en obediencia a su obispo, decidió dejar la vida Salesiana.

Su nuevo destino fue como coadjutor de Traona en la Valtellina, donde no recibía ni lo elemental para vivir. El Ayuntamiento creyó que Don Guanella no estaba necesitado económicamente ya que había publicado una obra breve con el título de “Vayamos al Padre” (invitación familiar para rezar la oración del Padre Nuestro), solventado con un dinero recibido de su madre.

Por resultar sospechoso el poder económico de Don Guanella, en 1880 y ante presiones masónicas, el prefecto de Sondrio le quitó todo aporte monetario, por lo que

Don Luis debió apelar ante el Consejo de Estado en 1882, logrando así una donación de 200 liras.

La preocupación de Guanella por el analfabetismo y sus consecuencias continuaban. Esto lo llevó a comprar un viejo convento que acondicionó con su propio trabajo, destinándolo a la enseñanza de los jóvenes.

Esa educación gratuita, privada y eclesiástica, parecía que a nadie había de molestar, pero al año siguiente fue clausurada con la excusa de no haber solicitado los permisos correspondientes a la autoridad, cuando el verdadero temor era que llenase la Valtellina de curas y monjas.

Por sus ideas y por sus proyectos, sus hermanos y superiores lo tildaban de maniático y no tuvieron mejor idea de confinarlo a algún lugar lejano de la diócesis. Es así que la autoridad eclesiástica, por imposición de la civil, ordenó la salida de Don Guanella de Traona y lo destinaron a una pequeña parroquia ubicada a 3000 metros sobre el nivel del mar, en el pico de Olmo, de frente al paso de Spluga, a orillas del Liro. Allí se entregó a sus deberes parroquiales, al estudio de la teología, a la meditación y a la plegaria.

Durante su aislamiento, sus hermanos y discípulos estaban realizando empresas por la gloria de Dios en Italia, en el resto de Europa y en América. Ante la desesperación que le causaba esta situación, se planteó en volver con Don Bosco, y aconsejado por Don Anglesio, sucesor de José Benito Cottolengo, recibió hacia septiembre de 1881, la aceptación de tal decisión bajo dos condiciones: que dejase arreglado los bienes materiales de la diócesis para evitar posteriores reclamos, y que se incorporase dispuesto a someterse por entero a la Santa Obediencia. Al mismo tiempo, el obispo le pedía que esperase, porque apenas fuese posible, le encargaría otra parroquia. Nuevamente Don Luis prefirió obedecer la sugerencia de su obispo.

Mientras tanto, en Pianello Lario moría el párroco Coppini, y como Don Guanella había soñado, el obispo lo destina como vicario espiritual encargado de la parroquia. Muy rápido captó el cariño de la gente gracias a sus actividades entre las que combinaba el dar la Santa Misa muy temprano para que los trabajadores pudieran asistir antes de concurrir a sus labores, la enseñanza de adultos, la asistencia a los enfermos, la escuela dominical y la prédica en parroquias vecinas. En sus predicaciones exaltaba la figura del Papa, manifestaba ideas contrarias al alcalde quien consideraba a la Escuela inútil para las mujeres, y combatía al libertino que pretendía la libertad para todas las opiniones, y a los corifeos de la región, que pretendían comicios proletarios.

Desde 1865, funcionaba un grupo de fervorosas jóvenes al frente de las cuales estaba Marcelina Bosatta, denominado "Pía Unión de Hijas de María", con el proyecto de dedicarse a la vida religiosa, fundar una institución destinada a recoger huérfanas y a socorrer a los necesitados. La primera sede estuvo en Camlago hacia 1872. Don Guanella sólo se acercó a conocer la Obra y dar algunas pláticas a pedido de la superiora la que, posteriormente, conociéndolo más, le pidió la dirección espiritual de las religiosas. También acompañó a las Hermanas ante la decepción que sufrieron por no ser requeridas para asistir a los damnificados del terremoto de la isla de Ischia en 1883, y en la epidemia de cólera declarada en Nápoles en 1884.

Con la aprobación del obispo, y gracias al dinero que recibió de su familia y a donaciones, fue agrandando el Asilo para alojar huérfanas, instalar un jardín de

infantes, organizar un refugio masculino y femenino para inválidos, ancianos y pobres del pueblo y de otras vecindades. De nuevo cae sobre Don Guanella la acusación de querer poblar de monjas el Alto Lario, hecho que trabó su intento de trasladar el centro de su Obra a Como, dejando al hospicio como Obra local. Gracias a la comprensión del comendador Guala y su influencia ante el obispo, el proyecto de formar buenas criadas, recoger huérfanos y otros en desgracia, le abrieron las puertas de Como.

Así es que en abril de 1886, en una barca, cruzaban el lago dos hermanas y cuatro huérfanas con algunos enceres. Ya en Como se instalaron en dependencias alquiladas, y luego en propiedades compradas con donaciones de los esposos Bernardo y Sofía Calvi. El fundamento de la "Casa de la Divina Providencia", según el Beato, estaba expresada en las cuatro "F" (fame, freddo, fumo, fastidi). La Institución de Como fue llamada "Pequeña Casa de la Divina Providencia", a semejanza de la del Cottolengo.

Fuente: http://www.provinciacruzdelsur.org.ar/material_escuela_laicos.htm

LUIS GUANELLA, "LOS CAMINOS DE LA PROVIDENCIA"

Capítulo X

Don Guanella junto a Don Bosco

Una tarde de enero de 1875 don Guanella se inclinaba para besar la mano de don Bosco, después que éste hubiera concluido una reunión en la que, con sus sacerdotes del Consejo superior, había determinado ir a América. Me saludó por lo tanto diciéndome: "¿Vamos a América?", y poco después se presentó a los suyos sobre el escenario y habló diciendo: "¡Vamos a América!", explicando ampliamente la decisión tomada. Al día siguiente don Bosco encargaba a don Guanella redactar las comunicaciones en que se anunciaba la apertura del colegio de Los Arroyos en la República Argentina.

El recién llegado poco a poco se familiarizaba con los oficios de la casa, prestándose para algunas prédicas en el templo de María Auxiliadora y para la catequesis a los jóvenes externos, generalmente obreros que frecuentaban el Oratorio San Francisco de Sales. Debido a un mal entendido sucedió que una noche fue dejado solo con una muchedumbre de cien jóvenes indisciplinados, algunos de los cuales, saliendo y entrando en la iglesia, hacían bromas al catequista y lanzaban pelotas de nieve. Don Guanella soportó un poco pero después echó violentamente del templo a los insolentes, como lo hiciera un día nuestro Señor. Don Bosco, enterado del caso, designó a don Guanella como director del Oratorio San Luis, ubicado más allá de Puerta Nueva. Había allí trescientos y más muchachos. Ayudaban como catequistas el célebre conde Viancini, el marqués Scarampi, los condes hermanos Balbo y otros. Los días festivos se transcurrían allá, de la mañana a la tarde, entre amplios locales a forma de cobertizos y grandes patios. En el mismo lugar, después de haber luchado catorce años para conseguir en forma legal una franja de terreno, se construyó el gran colegio y la iglesia que don Bosco quiso dedicar a San Juan Evangelista, el primero el combatir al primer hereje Cerinto. Es sabido que, al lado, los heréticos Valdeses habían construido, gracias a la concesión de Cavour, un gran templo.

Don Guanella era ayudado en su labor también por los clérigos del Oratorio: se administraban los santos sacramentos, la predicación y la catequesis. Una vez al año se organizaba un paseo de un día y cada mes se efectuaba una rifa con juguetes y ropas, ocasión en la cual los alumnos se esmeraban en vender las cartillas que habían ganado como premio por su asistencia y aprovechamiento en el Oratorio.

A lo largo de la semana se encomendaban a Don Guanella triduos de predicación y a veces cursos de misiones y ejercicios espirituales varios en los distintos institutos de la ciudad. Don Guanella anhelaba escuchar las predicaciones cuaresmales del famoso Nasi del Venol y de los hermanos Scotton en la iglesia de San Felipe. Llegado el mes de mayo, se le encargó dictar los sermones diarios en honor de la Virgen María en la parroquia de Alassio, ciudad en donde don Bosco había abierto un colegio. El decano Dellavalle notificaba después a don Bosco: "Que don Guanella se prepare un poco más y se transformará en un orador discreto, por la claridad de su palabra".

Para el octubre siguiente estaba decidida la apertura de una casa y de un colegio en Trinitá de Mondoví; director fue designado don Guanella. Aquí también le fue encargada la predicación cuaresmal en la parroquia, ocasión en la cual obtuvo que se suspendieran, al frente de la iglesia, unas representaciones burlescas de la beata Paola Gambará, original de Benevagienna, pueblo a poca distancia de Trinitá de Mondoví y patria del cardenal Oreglia de San Esteban, nombrado por Pío IX el año anterior.

En este conflicto don Guanella encontró el apoyo del señor párroco y la condescendencia del señor alcalde Braida y del concejal el general Marro. De esta forma don Guanella se hacía popular.

Aconsejado por don Bosco, don Guanella había decidido agregarse a la Congregación Salesiana por tres años. El mismo don Bosco invitaba a don Luis a que se uniera como compañero a don Juan Cagliari en una misión en Haití y Venezuela, país en el cual se le ofrecía a don Bosco la dirección de la catedral y de un instituto universitario. Pero don Guanella replicaba: "Estimo una suerte grandísima el haber venido con don Bosco, sin embargo mi corazón sentiría un vacío por toda la vida porque, aunque no parezca verdad, sigue dominando en mí el pensamiento de fabricar algún ciabotto en mi patria" (ciabotto, para don Bosco, era cualquiera de sus fundaciones).

Don Bosco, en su bondad, se dignaba invitar a don Guanella a algunas visitas en sus casas y le manifestaba alguno de sus proyectos. Fue así casualidad o providencia que don Guanella pudiese aclarar en la mente de don Bosco don obras que se manifestaron posteriormente muy provechosas para la congregación: la obra de los Cooperadores salesianos que se sostendría con su propia revista y la obra de María Auxiliadora para las vocaciones adultas al sacerdocio. Don Bosco en persona quiso después encargar al mismo Don Guanella como director de esta segunda obra, a pesar de que encontrase dificultades a entrar en la mente y en el corazón de los primeros discípulos de don Bosco, el cual repetía a todos en general y a don Cagliari en particular, ya que habría sido el primero en servirse de estas vocaciones maduras: "infirmi mundi elegit Deus (Dios eligió a los débiles del mundo). Estos que te pongo al lado serán compañeros fieles". Al mismo tiempo instilaba en los suyos el sistema preventivo para la educación de los jóvenes.

Don Bosco prefería además confiar a don Guanella el cuidado de ciertos jóvenes y adultos de difícil contentamiento. Entre estos hubo el queridísimo Domingo Montebugnoli, muerto hace pocos años en nuestra casa de Fratta Polésine. Otros jóvenes, arrepentidos de haber prestado sus servicios a la masonería, pudieron escaparse a escondidas hasta Marsella, pero descubiertos, fueron repatriados para recibir su castigo en Italia.

Don Guanella, en las casas de don Bosco, podía evitar con más facilidad los excesos de trabajo, los sudores y por ende las enfermedades de amigdalitis, que casi anualmente padecía, aún con peligro de vida, allá en los montes alpestres de Savogno. Además disfrutaba del ejemplo de muchas virtudes y de la dirección espiritual del mismo don Bosco, que tanto bien hacía a todos. El corazón de don Bosco era imán que atraía y su palabra sencilla y mesurada difundía resplandores de luz en la mente. ¡Eterno sea el agradecimiento a don Bosco y a sus Obras!

Ya se vencía el tiempo de los votos trienales. Mons. Carsana, obispo de Como, presionaba para que don Guanella volviese a su diócesis y don Guanella sentía que debía obedecer.

Pidió a sus parientes treinta liras y con esta suma emprendió el viaje de Turín a Como, con la mente puesta en la fundación de un "ciabotto", que finalmente en los designios de la divina Providencia, resultó ser la Casa de la divina Providencia, atendida por dos Congregaciones, aunque pequeñas, pero que se extendieron, gracias a Dios, en muchas regiones de Italia, en Suiza y en los Estados Unidos de América en menos de treinta años.

Manifestaba después don Guanella que no había sufrido tanto al morir el padre y la madre que, por así decirlo, fallecieron en sus brazos, cuánto le dolió dejar a don Bosco. Esto le ocasionó una viva laceración al corazón.

Don Guanella se había puesto en las manos de la bondad de la divina Providencia en el ir de Savogno a Turín; a la misma se entregó en la vuelta de Turín a Como y después a Traona en la provincia de Sondrio. De Turín se alejó como un perro apaleado que echan de la iglesia, ¿qué haría ahora este perro pobrecito?

En Como se comentaba que don Guanella era un tipo medio loco y la frase se repitió con gran facilidad por muchos años seguidos. "¿Quién es éste? – repetía un párroco de San Donnino –. Seguramente o es un santo o es un loco, pero como tú dices que de santidad no muestra nada, por consecuencia será un loco".

En Traona el vicario arcipreste Bellieni había sido afectado por parálisis. El sacerdote Miguel Sala había cambiado su decisión de dejar Savogno. Entonces el superior diocesano concluyó: "Nada mejor que enviar a don Guanella como capellán en Traona". Además el Obispo añadió: "Allá, como sabe, hay casas y conventos abandonados para realizar esas fundaciones que, me dicen, tiene fijadas en la mente. Sin embargo tenga cuidado que no sean fantasías de cerebro caldeado e ilusiones funestas. Haga la prueba por su cuenta y yo lo bendigo".

Don Guanella creyó tener finalmente a la Providencia en el bolsillo y partió tranquilo hacia Traona. Alargó su viaje para saludar a mamá y hermanos en Campodolcino y,

cargada una camita, probablemente la misma que usó en el seminario, no manifestó a nadie su pobreza y, solamente con lo que le quedaba de las 30 liras recibidas en Turín, se dirigió a Traona para echar las bases de esas fundaciones que hubieran correspondido a la voluntad de Dios. En el viaje de vuelta de Turín pasó por el lago Maggiore para hacer una visita a su primo Lorenzo Trussoni, párroco de Caravate, quien le hizo conocer el antiguo convento que posteriormente, en estos últimos años, pasó a poder de los Religiosos Pasionistas para que allí operaran gran bien a favor de las almas.

Capítulo XI

Comienzos frustrados

En Traona don Guanella se enfrentó con todas aquellas adversidades que hubieran desalentado a muchos corazones de buena voluntad; sin embargo él no se desalentó. Tenía declaradamente en contra a su arcipreste, quien, bastante repuesto de su enfermedad, de vez en cuando empleaba las energías reconquistadas para ir a la prefectura de Sondrio y declarar en daño de don Guanella, que consideraba como su adversario y además rebelde.

No podía aceptar que don Guanella en los días de semana y festivos fuese rodeado de bastantes niños y jóvenes para la enseñanza del catecismo en el Oratorio y que además inaugurara en su propia casa clases feriales cotidianas, diurnas, vespertinas y festivas, en las cuales era ayudado por un seminarista teólogo, Carlos Cima, por un joven de Trinitá, José Ferrua, y por el ya nombrado Domingo Montebugnoli.

En la solemnidad de Todos los Santos el Oratorio estaba repleto de jóvenes. Don Guanella ignoraba que, por razón de la solemnidad, el centro tuviese que interrumpir sus actividades. El señor arcipreste juzgó muy negativamente el hecho y, bajando del púlpito, suspendió las ceremonias, en medio de la sorpresa del pueblo, que se dispersó en grupitos por la plaza, al mismo tiempo que don Guanella se dirigía al convento para los ritos de los difuntos. Este contratiempo sirvió para agravar las siniestras prevenciones de las autoridades civiles y policiales. Mientras tanto las autoridades municipales buscaban en parte de aprovechar la situación para tender trampas a don Guanella.

En el segundo año éste predicaba la cuaresma diariamente en la iglesia matriz de Morbegno y la Prefectura ordenaba a dos carabineros y al señor delegado de la magistratura que presenciaran cada día para poder sorprender en error y condenar al sacerdote enemigo, llegado con proyectos oscurantistas de la escuela de don Bosco y que quería llenar la provincia de odiados frailes y monjas.

El señor arcipreste, durante el segundo año, optó por renunciar y retirarse a su patria, dejando libre el campo para don Guanella, que gobernó por algún tiempo en calidad de capellán y de arcipreste.

Las autoridades provinciales entonces intentaron doblegar al Guanella con el hambre. Como arcipreste y capellán debió recurrir al Consejo de Estado para exponer sus razones; sin embargo ¿dinero para vivir?, no obtuvo sino 13 liras anuales y para el trienio, nada más que cuarenta liras. La Curia diocesana mandó referir a don Guanella

que podía abandonar su puesto si juzgaba no poder enfrentar la situación, y no hizo nada más.

Pero las dificultades, más que abatir, daban valor al Guanella, quien, con las manos vacías de dinero, compró el convento de San Francisco, propiedad comunal, pudiendo a tiempo oportuno cancelar el saldo de 3000 liras. La divina Providencia socorría día a día. Se efectuaron además considerables reparaciones en el convento y en la iglesia y la divina Providencia asistía, por lo cual se pudo dar por inaugurado un colegio con cursos primarios y con algunas docenas de muchachos, que acudieron felices y gozosos desde los pueblos cercanos. El hecho que el pequeño colegio prosperara alarmó a las autoridades, que lo consideraron un peligro. Bajo el pretexto que en el segundo año se iniciasen las actividades escolásticas sin notificarlo a las autoridades competentes, estas expidieron orden de clausura inmediata, amenazando multas y penas muy severas.

Don Guanella había encomendado la dirección de la parroquia al colega de estudios don Nicolás Silvestre, que había dejado su parroquia de Baruffini sobre Tirano para ir a Traona y ayudar así la Obra en sus comienzos. Contaba también con la participación del párroco de Sacco, sobre Morbegno, otro compañero del seminario. Periódicamente los tres se reunían en consejo, pero sin resultado, porque analizada la situación, no se encontró vía de salida.

Don Guanella, concluida la predicación cuaresmal en Morbegno, acudió a predicar el mes de María en Santa María Coronada y sucesivamente el mes del Sagrado Corazón en Santa María de la Fuente, en Milán. Mientras tanto no se daba paz, buscando apoyos que le permitiesen volver a guiar su querida Obra de Traona. El afamado abogado Brasca, compañero de estudios con el prefecto de Sondrio, en ese momento secretario del ministro Depretis en Roma, se interpuso a favor de la causa Guanella. Pero el prefecto se enfurecía al solo insinuar mi nombre, razón por la cual el paciente Brasca tuvo que intentarlo tres veces, para escuchar al final que, simplemente, la autoridad prefecticia habría dado su consentimiento si la Curia de Como hubiese propuesto al Guanella una cura de almas sobre la cumbre de una montaña en donde él no pudiese ejercer peligrosas influencias.

Fue designado Olmo, más arriba de Chiavenna. Allá don Guanella se dirigía en el mes de julio, pero, sorprendido durante el viaje por la noche avanzada y hallando cerrada la casa parroquial del colega don Constante Tabacchi, preboste de San Giacomo, entonces el pobre canónigo teólogo, fundador frustrado, durmió profundamente sobre un murito detrás de la iglesia parroquial. Al día siguiente subió por más de una hora el doloroso sendero del monte, y ahí se quedó por algunos meses acudiendo las necesidades espirituales de Olmo, además que de la vecina parroquia de San Bernardo.

Don Guanella creía que sus peticiones pudiesen ser escuchadas y tomadas en consideración por sus superiores eclesiásticos; pero como respuesta, recibió del vicario general Armandolini esta observación: "¿No sabe usted que la calma es la primera de las virtudes?". Y el obispo Carsana, en la casa parroquial de Campodolcino, le dijo: "No puedo suspenderle, porque me faltan argumentos, pero lo haría si pudiese".

Don Guanella, que se había visto recibir en audiencia por último y que tuvo que escuchar reproches en su pueblo y casi en su propia casa, él que había acudido de Olmo a Campodolcino para rendir homenaje a su superior, se sintió muy amargado y de ello

se desahogó con mucha pena, hablando con su hermano Tomás. Todo y muy pronto acabó ahí mismo.

El pobre don Guanella, en su librito "Amonestaciones..." había expuesto algunas verdades, dedicándoselas a mons. Carsana en ocasión de su ingreso a la diócesis. El obispo, en esa ocasión, envió cartas de felicitación al autor. Sin embargo los rumores que se ponían en circulación decían que don Guanella, con ese libro, había sido la causa de que se le suspendiera, por muchos años, el beneplácito gubernamental al Obispo. Estas calumnias y el hecho del fracaso de la Obra de Traona reafirmaban, frente a la opinión pública, que don Guanella era un exaltado y por eso una persona de la cual todos debían cuidarse.

Estando así las cosas, debo agradecer mucho a mi pariente Lorenzo Buzzetti che era entonces arcipreste de Gravedona, que me dijo: "Me comprometo a tomarte como coadjutor, con la esperanza de que tú estés conmigo toda la vida". Contestó don Guanella: "Querido padrino, esto no te lo puedo prometer", limitando sus servicios a pocos meses.

Estaba en Gravedona cuando se difundió la noticia que el 1º de julio había muerto en Pianello Lario el párroco Carlos Coppini, dejando desprotegido el orfanato, dirigido por algunas piadosas mujeres, que él había congregado diez años antes, en 1871. En la mente de don Guanella se cruzó claramente el pensamiento que con gusto repetía a sí mismo: "Tú serás su sucesor". Se hablaba del Coppini como de un sacerdote íntegro y como de un párroco ejemplar. En señal de gratitud hacia el fundador y hacia el Asilo el siervo de la caridad Leonardo Mazzucchi escribió de su vida en un lindo librito, con ilustraciones.

Pero a don Guanella estaba reservado el peñasco de Olmo, en donde no pudiese ejercer peligrosas influencias. Como se narró, por allá se fue, transcurriendo algunos meses en estudios teológicos, en soledad y oración, ya que sentía viva la necesidad y veía caer sobre sí la sombra tímida del desaliento. Fue en esta situación de espíritu algo deprimido que don Guanella pensaba: "Mis cohermanos y mis propios alumnos cumplen acciones grandes y lindas para la gloria de Dios y de las almas en Europa y otros continentes; ¿y yo aquí?".

Estaba convencido que don Bosco lo hubiera recibido de nuevo, pero a la vez sabía que la voz del corazón habría resistido nuevamente a la amigable invitación de aquel santo. Le envió cartas llenas de ese sentimiento de tristeza que embarga a aquel que dijo: "Tota nocte laborantes, nihil cepimus" (hemos trabajando toda la noche sin coger nada). El Capítulo general de don Bosco, reunido en Alassio, respondió afirmativamente, pero pidiendo que se dispusiese a perseverar. Don Guanella empero sabía que esa perseverancia no la habría tenido y entonces se encerró en la tristeza de su corazón, no sin antes ser iluminado por un rayo de luz acerca de su futuro. Y el porvenir para don Guanella fue exactamente el pueblo de Pianello Lario.

Capítulo XII

En Pianello Lario

Pianello Lario está descrito en la vida de Coppini, como ya se dijo. Un día le entregaron al Guanella una invitación, no se sabe si directa o indirecta, de parte del obispo para que participara del concurso abierto por la vacante de Pianello Lario. Participó, pero a condición de que no se le otorgara la investidura de la parroquia, porque no se sentía dispuesto a continuar su ministerio solamente en el ámbito de una parroquia. Desde Roma llegó el nombramiento y el obispo tuvo que aprobar. Sin embargo don Guanella mantuvo su decisión: "Serviré a la parroquia, pero como simple administrador". Entre sí decía: "Para estar listo a emprender el vuelo apenas suene la hora de la misericordia".

Don Guanella, no sé si en los viajes que hacía como seminarista o recién ordenado, recuerda perfectamente que, transitando con el barco entre Dervio y Olciasca, miró a la iglesia de Pianello, que aún no distinguía, y le pareció entrever no sé cuál luz en su mente y cuál estremecimiento en su corazón, que le hacían presentir: "Mira allá, porque en ese lugar trabajarás y sentirás gratas satisfacciones". Fue como si saboreara algo dulce, como terrón de azúcar, que le embargó el corazón por un corto instante y eso fue todo.

El colega de Domaso, preboste Valenti, le escribió a su exilio de Olmo: "Me entero de la noticia que estás destinado a Pianello. No despidas a la doméstica Martina, la antigua mucama del finado don Carlos Coppini. En mi parroquia y en casa Felolo está la hermana de ella, Ana María, quien sirve a plena satisfacción". La invitación fue aceptada y desde Olmo don Guanella volvió a Traona por algún tiempo, hasta que llegó el día de la partida, cuando, apuradas algunas visitas a enfermos, saludó a los amigos y al colega Silvestre. Luego comió algo, cargó la humilde cama de la que se habló y los pocos muebles sobre la carreta y partió solo hasta Pianello Lario.

Era octubre, a las once de la noche, y no hubo manera de despertar a los que dormían su primer sueño, hasta que el padre Mario Bosatta, ex franciscano y anciano de setenta años, bajó de su casa y, utilizando una piedra que servía para tapar un murito, con la misma golpeó con tanta fuerza que la vieja Martina, despertada de sobresalto, corrió a abrir. A las once del otro día ella preguntó: "¿Qué quiere el señor cura para el almuerzo?" "Lo que acostumbraba servir al llorado Coppini". Al mediodía vaciaba sobre la tabla de cocina una alegre polenta con un poco de queso. Era el banquete de ingreso del nuevo párroco.

Inmediatamente después llegaron a visitarle el señor alcalde José Mazzucchi, el señor preboste del cercano pueblo de Musso y a ellos don Guanella extendió la invitación para el primer solemne banquete y de esta manera transcurrió el primer día.

En la casa parroquial no existía una mesa a uso de escritorio. Nuestro amigo Domingo Montebugnoli utilizando cuatro palos de vid acomodó un pupitre y con cuatro trozos de una pequeña viga quebrada fabricó una silla, cosas que después sirvieron, por espacio de siete años, para que don Guanella escribiera las prácticas del despacho parroquial, juntamente a por lo menos cuarenta libritos histórico-hagiográficos, entre los cuales tres tomos De Adán a Pío IX, con cien capítulos histórico-filosóficos.

Los comentarios que corrían por el pueblo eran variados, porque se había esparcido la voz de que se trataba de un cura montañés cabeza dura, con el cual convenía usar la debida prudencia, mientras se observaba de lejos mejor que de cerca. Poco más, poco

menos, era también la opinión expresada frente a la gente por un buen y santo sacerdote, compañero de estudios con Guanella y muy amigo de don Carlos Coppini.

El señor preboste de Musso había asumido la protección y la dirección del orfanato y fue él que por primero llevó don Guanella a visitarlo. A don Guanella esta primera visita no le impresionó para nada. Se comportó pasivamente por varios meses, hasta pasada la Pascua de Resurrección, cuando la superiora del Asilo, Marcelina Bosatta, con simplicidad le expresó: "si usted creyera conveniente visitarnos y dictarnos alguna conferencia, nosotras estaríamos muy contentas". Don Guanella nunca desaprobó la prudencia de aquella piadosa mujer, la que, después, confesaba excusándose: "Yo estaba aconsejada de actuar en tal forma por personas que me rodeaban a mí y al Asilo". Don Guanella, a su vez, con igual prudencia, comenzó y continuó a prestar sus cuidados, evitando entrar en disgustos de malos entendidos con quien fuera, dispuesto a aceptar todo lo que la divina Providencia hubiese dispuesto para el futuro.

El horario de una jornada de don Guanella era más o menos el siguiente: levantada al Ave María siempre muy de madrugada, a fin de permitir a hilanderos e hilanderas participar de la santa Misa y acercarse a los sacramentos en el mayor número posible, antes de ir al trabajo en las sericulturas. Santa Misa, con meditación en privado, aproximadamente por media hora, ya que creía que el estudio y las ocupaciones pastorales pudiesen compensar al mayor tiempo que hubiera tenido que dedicar a la meditación estrictamente metódica. Se aplicaba después a la lectura y a escribir sirviéndose de la famosa silla, afirmando con el pecho, a rato de pie, a rato sentado, a rato arrodillado aquel dichoso escritorio que siempre tambaleaba. Después de un breve refrigerio se dedicaba a visitar enfermos o a las visitas pastorales de las familias, según las circunstancias. Durante toda la cuaresma, de la una a las dos de la tarde había que estar listos para las confesiones de las obreras y para el catecismo de los niños. Volvía en seguida al estudio hasta el rezo del rosario en la iglesia. Seguía una modesta cena, después de la cual empezaban las clases nocturnas a los adultos, que nunca tenían hora determinada para finalizar.

En los días festivos aumentaba el trabajo de confesiones y hacía por lo menos siete prédicas: a las cofradías, la explicación del Evangelio en la Misa, el catecismo a los niños y al pueblo, conferencia a las hijas de María, a los inscritos en las terceras Ordenes, en el Asilo, el rezo del Rosario con discurso por la tarde en la parroquia y, al final, la misma vespertina festiva. En las estaciones más propicias se añadían diversiones y paseos con los niños del oratorio festivo. Quedando algún recorte de tiempo entonces se dedicaba a escribir alguna página de aquellos libritos para la imprenta, como se dijo arriba.

Tanto trabajo fue una providencia, porque don Guanella era siempre como un pez fuera del agua y cuando leía el boletín salesiano, sentía resonar dentro de sí: "Los salesianos recorren el mundo en bendición, ¿y tú?". Por eso trataba de ahogar sus pensamientos con un trabajo muy intenso. Por algún tiempo, además de la parroquia de Pianello, también administró la de Musso, aceptó predicaciones cuaresmales en Morbegno, en Dongo y otras por acá y por allá. Fue corriendo, de mediodía a la noche de un día de octubre, desde Pianello a Tártano, donde constató los desastres ocasionados por la crecida del río, lo que le impulsó a escribir sin demorar el librito titulado El montañés.

Era tal su dedicación al trabajo que una vez no se percató de encontrarse en Cremia, mientras debía estar en Musso para ministerio. Un día dejó el púlpito de Ardenno, al terminar el tercer sermón de las Cuarenta horas, y estaba totalmente afónico; vuelto a Pianello la misma tarde, fue llamado por la noche a Saliana para atender una enferma que se encontraba mejor que el párroco, el cual, regresando a casa, cayó enfermo con un ataque de amigdalitis muy severo. Recaídas de este tipo le sucedían más veces en el año, pero al tercer día, superada la inflamación, podía volver a sus ocupaciones normales.

Un día le interrogaron sus cohermanos: "¿Qué sueldo percibes en Pianello?". Contestó: "Cuarenta centavos diarios y nunca me faltó para vivir, ni para pagar el sueldo mensual de la doméstica. Si aprendiéramos a vivir de la Providencia más que del sueldo, estaríamos mejor, el pueblo nos querría más y nosotros podríamos ejercer en medio de la gente un apostolado mucho mayor". Don Guanella, a pesar de tan miserable sueldo fijo, siempre disponía de algún dinero para los pobres, los enfermos y para las obras de bien; inclusive tampoco le faltó dinero para los gastos de imprenta de sus numerosos escritos.

El superior un día le invitó a renunciar a todos los frutos del beneficio teologal de Prosto en favor de aquel párroco, cualquiera fuese la situación económica en que pudiese encontrarse en el futuro. Don Guanella suscribió de inmediato la renuncia y jamás lamentó haberlo hecho, por cuantas hayan sido las estrecheces que tuvo que enfrentar posteriormente en Turín, en Traona o en Pianello, hasta el día de hoy. A veces queriendo ahorrar el dinero del pasaje para vadear en bote el río Adda, alargaba su viaje hasta el puente de Ganda y de ahí regresaba a Morbegno. Dando crédito a un consejo que prometía ganancias y parecía providencial, viajó de Traona hasta más allá de Piagno, pero todo resultó sin fundamento. De vuelta, siendo un día muy caluroso de julio, se arrimó a la baranda del puente entre Cosio y Traona para refrescarse con la brisa del río, de tal suerte que se le cayó la billetera con el único billete de diez liras que tenía. Eso le enseñó que a la Providencia es mejor esperarla, llegue cuando llegue, antes que irla buscando afanosamente.

Los feligreses de Pianello hubieran querido festejar el ingreso de don Guanella, considerándolo su nuevo párroco. Sin que este lo supiera, para la función de entrada también se hicieron presentes, junto a otros sacerdotes, los arciprestes de Dongo y de Gravedona. Finalizada la ceremonia, don Guanella los despidió a todos diciéndoles: "Si yo les invitara para un banquete o un simple refresco, no sabría qué servirles y, además, las autoridades deducirían que yo he aceptado definitivamente la parroquia; por lo tanto vuelvan en paz a sus casas".

Una tarde de octubre llegó a la casa el sacerdote don Miguel Sala, mi antiguo sucesor en Savogno. Me dio a entender que necesitaba hospitalidad; lo acepté conmigo a mi propia mesa por más de un año, a pesar de que, de vez en cuando, me pagara muy mal y me pusiese insidias para quitarme el lugar. No mejor suerte tuve con un sacerdote salesiano, don Torazza, quien prometió donar las primeras 300 liras si, al lado del asilo recientemente abierto en Como, hubiera construido también una casa para sacerdotes inhábiles. La casa se construyó y se ocupó, pero las 300 liras aún no se ven.

El primero que dejó la suma de 3.000 liras para la Obra de Don Guanella en Pianello Lario, fue un primo mío, Antonio Levi, que murió en Genoa City, en Wisconsin. Con

dicha suma se compró un terrenito a orilla del lago, que pertenecía al señor César Perpentí. Ahí se pensaba trasladar el orfanato, pero por varias razones y por estar el terreno muy cerca de la casa y del huerto parroquial, se desestimó la idea.

La casa-asilo de Camlago era, por muchas razones, poco adecuada. Se vendió y el hospicio se mudó a la casa del capellán, al frente de la iglesia y, posteriormente, en casa Mazzucchi ex Bernucca, en el barrio de Calozzo.

El anciano sacerdote Mario Bosatta, tomando un baño en las aguas del lago, corrió riesgo de ahogarse; entonces a un muchacho que acudió en ayuda y que quería agarrarlo de una mano, le gritó: "¡Déjame, déjame, sino te arrastraría a ti también!", prefiriendo morir solo. Fue voluntad de la Providencia si don Guanella, llegado a socorrer, no se ahogase en la profunda ribera.

El hospicio encontró sistemación provisional en casa Mazzucchi; mientras tanto don Guanella planeaba llevar su obra a Como. En Pianello había tenido que enfrentar muchas molestias de parte de personas malévolas, que no podían aceptar la forma muy sincera de hablar desde el púlpito y la intransigencia del actuar del párroco. Eran las mismas personas que muy frecuentemente se quejaban en la Prefectura de Dongo y, a través de esta, al Procurador de Como.

Un día las buenas religiosas Dina Bosatta y Magdalena Minatta, en compañía de don Guanella, fueron citadas frente al juez de Dongo, el cual empezó diciendo: "¿Es verdad que ustedes, guiadas por malsano sentimiento de piedad, infieren heridas en el cuerpo de las huerfanitas y las profundizan? El señor... - y nombró una persona muy respetable - me confirmó el hecho". Le contestaron las mujeres: "¡Nosotros curamos las heridas y no las causamos!", y ahí mismo las dos palomitas tímidas tímidas, con fuerza de león, expusieron tales argumentos que obligaron al juez a concluir: "¡Váyanse, váyanse; parecen que ustedes tienen intenciones de juzgarme a mí y de comprometerme!". Camino a casa alcanzaron al mismo señor que las había acusado y las dos, en apariencia simples, le dijeron: "¡Usted, señor, hizo muy mal al referir al señor juez cosas falsas en contra nuestra y del Hospicio!". El señor se disculpó, pero en el mismo día y casi a la misma hora del año siguiente, fue víctima de una parálisis que lo arrastró a morir en destierro y avergonzado, lejos del pueblo y de la provincia. El juez en cuestión era hebreo. Le sucedió otro juez, católico, bueno y patriarcal; a él también acudían frecuentemente los delatores y además él veía como sospechosas las instituciones de las Hijas de María y su frecuencia a la iglesia. Un industrial había maldecido: "¡Que queden todas aplastadas por los escombros de ese techo de iglesia...!" (agregando una injuria que quiero callar). El techo de la iglesia no cayó, pero sí cayó ruinosamente el industrial, que tuvo que huir, cruzando el mar y murió en tierra extranjera. ¡Que el señor le otorgue el perdón! El señor pretor Giudici visitaba como para entretenerse a don Guanella, pero era para ponerle en guardia. Don Guanella le contestaba: "Muchas gracias, señor pretor", pero nunca dejó de seguir su camino.

Muchas veces don Luis había solicitado una ocupación cualquiera en la ciudad de Como, como por ejemplo un lugar de capellán en el hospital, pero le respondían: "Donde sea que don Guanella pone su pie, en seguida arma una revolución. Conviene que se le mantenga alejado". "Sigue siendo siempre un medio loco", agregaba alguien más. Mientras tanto las relaciones con las autoridades civiles de Como se hacían siempre más tensas y don Guanella tuvo que comparecer frente al procurador. Y bien;

antes que el juez empezara a hablar, don Guanella se sintió invadido por siete espíritus y gritó en voz alta que ya eran más de quince años que se perseguía a un inocente, y acompañaba sus gritos con golpes de puño sobre el escritorio. El escándalo hizo que se apersonara la esposa del procurador, la que preguntó: "¿Qué hizo este sacerdote y qué hace usted al procurador?". El procurador cortó bruscamente la divergencia: "¡Llévenlo al señor prefecto!".

Frente al prefecto Guala se repitió la misma escena; el prefecto Guala entonces le preguntó: "¿Y usted, qué querría hacer en Como?". Don Guanella, sorprendido, empezó diciendo cosas que nunca había pensado decir y agregó: "Yo quiero fundar un instituto para sirvientas pobres", ilustrando ahí mismo, con gran elocuencia, las necesidades de las domésticas y las aspiraciones de los patrones. A todo esto concluyó el señor Guala: "Me gusta su idea y personalmente la patrocinaré frente al obispo y, si fuera necesario, frente a la ciudadanía". Con esto se le abrieron las puertas para descender a Como y don Guanella lo aprovechó muy pronto de la siguiente manera.

Era preciso buscar un punto de apoyo. Puso su atención sobre un pequeño lote con casa, frente a la iglesia de San Roque en calle Milán, pero era demasiado pequeño y gravado de servidumbres. Miró entonces un terreo, donde hoy está el Instituto de la Sagrada Familia, pero también pareció demasiado angosto y caro. Al final alquiló la casa y el terreno del señor Biffi, con las siguientes condiciones: que, si después de seis meses le habría sido posible, hubiera podido adquirir el todo a un precio fijo, pactado en 14.000 liras.

Fue entonces a recaudar el dinero prometido en calidad de préstamo, ofrecido por una señora de Dongo. Pero ésta, en víspera de la fecha del contrato, simplemente contestó: "Me han persuadido a que no confíe". Las horas pasaban, y antes de que se agotara el tiempo, he aquí que los óptimos esposos Bernardo y Sofía Calvi, enterados del contratiempo, espontáneamente ofrecieron el préstamo de 15.000 liras. Inmediatamente se formalizó la compraventa, solicitando al señor Biffi que, pasados otros seis meses de prueba, vendiera al precio de liras 1,50 por metro, también un terreno ubicado más abajo y que medía alrededor de 20.000 metros.

No se sabe cómo explicar el presentimiento: don Guanella, cuando aún era estudiante en el colegio Gallio, creyó, más de una vez, cuando iba de paseo, que el campo aquel habría sido escenario de específicas obras suyas. ¡Se lo explique quien pueda y cómo pueda! Yo no me atrevo a opinar.

Era necesario, a este punto, dar comienzo a la Obra. Una tarde de abril nuestro botero y sacristán, Pedro Morelli, disponía en su bote algún mueble y colchonetas, subía a bordo la hermana Clara Bosatta, la hermana Martina Silvetti, tres huérfanas, para que los gastos del viaje resultaran menores y así, la mañana siguiente, se llegó a Como, donde se alojaron en la pequeña casa que se transformó después en la Casa de la Divina Providencia en Como. Aquí sugerimos leer la Vida de Sor Clara Bosatta para conocer cómo se continuó, hasta la muerte santa de la misma, acaecida en Pianello Lario en abril del año siguiente. Mientras tanto la Providencia ofreció la ocasión de comprar lo que quedaba de la propiedad Biffi y, entonces, se procedió a construir un pabellón de habitaciones, que se agregó a la casa ya existente.

Un salón del segundo piso servía como capilla. Cuando finalmente se obtuvo el privilegio pontificio de conservar ahí el Santísimo Sacramento, hubo júbilo grande, renovándose en todos grandes esperanzas. Hubo manera de experimentar que si se construiría para cinco o para diez, los medios llegaban, pero dejaban de llegar apenas hubiese faltado la confianza en la divina Providencia.

Fue entonces cuando se puso mano a la construcción de la casa para hospedar a los sacerdotes ancianos y enfermos, aunque por lo general sirvió para cobijar a niños y ancianos pobres. La pequeña Casa fue agrandándose poco a poco hasta su tamaño actual.

Un día llegó el párroco de Figliaro, don Ghezzi, acompañando a dos jóvenes, Silvio Vannoni y José Roncoroni, diciendo: "Le traigo las primeras bases de la Casa de la Divina Providencia". El primero es el actual sacerdote director del Instituto San Cayetano y el segundo murió en la Casa de la Providencia de Como algunos años después de su ordenación, truncando así las muchas esperanzas que sobre él se habían fundado.

Un día muy caluroso de verano don Guanella dijo al estudiante Pedro Roncoroni, que sabía desempeñarse como albañil, carpintero y factótum: "Intenta construir un pilar, y arriba pondremos una estatua del Sagrado Corazón, porque confío que, entre poco, aquí surgirá nuestra iglesia del Sagrado Corazón". Algunos años más tarde monseñor Andrés Ferrari, entonces obispo de Como, vino y dijo: "Al medio, entre la obra femenina y la masculina, vayan marcando la medida de la nueva iglesia, y sigan paso hasta que yo les diga". Don Guanella marcaba con su paso, hasta que el obispo dijo: "¡Pare!". Sobre ese lugar se preparó el proyecto de la nueva iglesia y ahí mismo se echaron las fundaciones. El buen amigo, señor Jacinto Valli, dibujante municipal, desarrolló el dibujo y la empresa Regazzoni tomó a su cargo la construcción. Dinero no había para nada, pero llegaba de a poco y el empresario era paciente y esperaba.

Se dieron varios signos de gracias especiales: ningún obrero se lastimó; don Guanella salió milagrosamente ileso tras la caída de un andamio cargado con piedras, que desde la cornisa de la capilla de la Virgen precipitó hasta los subterráneos. Sor Marcellina Bosatta sintió rozar su velo por una gruesa esquirla caída desde la altura del techo de la iglesia.

Don Guanella formuló un voto a la Virgen de Lourdes para obtener la salud para sí, aquejado de persistente enfermedad, y para dos huérfanas, Hilde y Raquel Grassi, que padecían una dolorosa difteritis. La gracia fue conseguida y don Guanella, como señal de agradecimiento y de propiciación, elevó entonces la capilla de la Virgen de Lourdes.

Los miembros de la Casa de la divina Providencia hablaban poco, pero cada día se sentían reforzar en la esperanza y en el amor hacia la institución reciente.

Fuente: http://www.provinciacruzdelsur.org.ar/los_caminos_de_la_providencia.htm

GIMMI RIZZI, "EL PEÓN DE LA PROVIDENCIA"

En lo de Don Bosco

Establecido en Turín para imprimir un pequeño libro, encontró a Don Bosco quien lo invitó a fundar un oratorio en Como. Don Guanella mientras estrechada con intensidad sus manos con las de Don Bosco le decía: "Venga a Como". Y Don Bosco estrechando, de igual modo, entre sus manos las de Don Guanella decía: "Venga usted a Turín". Don Guanella tironeaba casi a la fuerza las manos de Don Bosco con "¡Venga usted!" A lo que Don Bosco respondía de igual forma: "¡Venga usted!".

Don Guanella le pidió al Obispo permiso para poder ir por un breve período con Don Bosco para poder adquirir la experiencia de tal maestro y así mientras tanto se habría podido tomar una decisión: o Don Bosco iría a Como o Don Guanella realizaría en Como una obra similar. El obispo accedió... "Siento dentro mío que la Divina Providencia me llama a Turín, será lo que Dios desee. Espero lo mejor. Adiós a todos." Partió en Enero de 1875 y en Savogno se decía: "Todo aquí habla de Don Luis y los buenos ancianos lo recuerdan con sincero afecto".

En Olmo: Tocó fondo

Cuando el obispo de Como le pidió que regrese a la diócesis, Don Luis dijo: "No creo haber sufrido tanto el día de la muerte de mis padres como cuando dejé a Don Bosco".

En Traona se convierte en vice-párroco pero la vida allí es difícil. El párroco, enfermo, no lo acepta y no le da lo necesario para vivir... Don Luis de todas maneras no abandona su sueño. Con la ayuda de la Providencia compra un ex convento franciscano y allí inicia un colegio pero todo se esfuma por la oposición de la autoridad política. Don Guanella dirá entonces: "Con estas contrariedades cuanto mayores eran las dificultades más se afianzaba en mi la idea de aquello que debía realizar: pan y Señor a los más pobres". Y aún dirá: "Es necesario temerle más a la tranquilidad que a la adversidad... Las dificultades nos hacen correr..."

Y así, el "fundador fracasado" es enviado al confín, a la parroquia de Olmo, a más de 1000 metros de altura. Pero cuando se dirige al obispo, no recibe mas que dolor: "No puedo interrumpir su labor porque no tengo argumento. Pero lo haría si pudiese". Con lágrimas en los ojos... son los días más amargos de su vida. En Olmo pasaba el tiempo en soledad y en oración. "¿Y si regresara con Don Bosco?". Por lo menos él lo habría querido, comprendido y aceptado.

Finalmente el sueño se realiza

El obispo lo nombró administrador espiritual en Pianello Lario, un pueblo sobre el lago de Corno y muy pronto se difundió la voz: "Ha venido como párroco un pobre hombre visionario, medio loco, con ganas de hacer tanto pero incapaz de hacer algo". Es más, su predecesor había sido un sacerdote que tenía fama de ser un santo, Don Carlos Coppini. Este último había reunido algunas jóvenes que vivían consagradas al servicio de un hospicio para niñas huérfanas. Sor Marcelina, llorando le preguntó a Don Carlos en su agonía cuál sería la suerte del hospicio y Don Carlos con el rostro transfigurado, lleno de fe y con una sonrisa melancólica dirigió sus ardientes ojos al cielo y le respondió: "Después de mí vendrá otro que hará mucho más que yo". Cuando Don Coppini fallece, las Ursulinas que él había reunido ya asistían a unos veinte necesitados entre los cuales había huerfanitas, inválidos y ancianos. A la llegada del nuevo párroco las hermanas se

sintieron entre la espada y la pared "¡Tengan cuidado con el nuevo párroco, es peligroso, su obra podría verse perjudicada!".

Pero cuando lo vieron se llevaron de él otra impresión y sintieron que las palabras de don Coppini se realizarían. Cuenta la hermana Marcelina: "Don Luis no tubo enseguida las puertas abiertas de nuestra congregación porque estábamos sujetas a las instrucciones impartidas por los sacerdotes que nos guiaban... Pero en nuestro interior estábamos muy contentas con él. En ese entonces venía para asistirnos espiritualmente dos veces a la semana, para instruirnos y confesarnos en la iglesia parroquial. Lo que hizo que yo lo recibiera con plena confianza como nuestro director fue el haber asistido a una cena extraña y muy particular en la casa parroquial. Él volvía en ayunas de un desagradable viaje, tenía cerca de él una fuente con ensalada y del otro lado estaba el vinagre. Sin condimentar ni con aceite, ni con vinagre, ni con sal y tomando con sus dedos de a dos hojas a la vez, se comió toda aquella ensalada con polenta fría. Cuando conté esto a mis hermanas, agregando que según la Martina para él esa era una comida habitual, entonces ellas también le tuvieron un gran respeto a tal punto que lo reconocieron providencialmente indispensable para nuestras necesidades".

La pequeña barca sobre el Lago de Como

En 1884 apareció el cólera en Nápoles y Don Guanella con sus hermanas deseaban partir para curar a los enfermos, pero no les fue autorizado. Entonces para consolar a las hermanas les dijo: "Confórmense, que vendrá un tiempo no muy lejano en el que ustedes vivirán en habitaciones muy grandes".

Una tarde de abril en 1886, desde Pianello partía una pequeña barca con humildes muebles: una mesita rectangular a la que le faltaba una pata, algunas sillas sin paja, camas que se podían utilizar haciendo un milagroso equilibrio. El viejo sacerdote Don Mario Bosatta, viendo partir insólitamente la comitiva formada por dos hermanas y cuatro huerfanitas exclamó: "Ya entendí, allí va el enjambre que se separa del panal". La comitiva, después de haber viajado toda la noche, rezando el rosario de la Providencia, llegó a Como. Aquí Don Guanella había tomado algunos locales en alquiler como el primer paso para su futura institución, mientras esperaba una casa propia. Había encontrado una casa en la calle Tommaso Grossi con un alquiler establecido en setecientas liras anuales. Esto se transformó en el centro de su obra y comenzó a dar vida a su programa en Como...

Cuando en el segundo semestre se presentó ante el propietario para pagar le dijo: "Le abonaré el saldo de las setecientas liras con la condición de que me venda la casa dentro de seis meses". Y en ese momento fue establecido el precio de catorce mil liras. Este dinero le había sido prometido a Don Guanella por una señora de Dongo y Don Guanella se dirigió a ella para retirar el dinero, pero... aquella señora negó lo que había prometido oportunamente. ¿Qué hacer? Faltaban pocas horas para el vencimiento del semestre. ¿Cómo conseguir a tiempo el dinero necesario? Entonces llegaron los esposos Bernardo y Sofía Calvi de Dongo, se presentaron a Don Guanella y le dijeron: "Hemos venido a traerle quince mil liras, sabemos cuanto le hacen falta". Don Luis llegó a tiempo para el pago y en el momento de entregar el dinero puso otra condición: "Le doy quince mil liras pero debe prometerme que dentro de seis meses y por el mismo precio me dará el piso de abajo". "Con estas bromas de la Providencia comenzaron las

construcciones", dijo Don Guanella. La obra será dedicada a ella: PEQUEÑA CASA DE LA DIVINA PROVIDENCIA.

Fuente: <http://www.provinciacruzdelsur.org.ar/peonprovi.htm>